

RETRATO DE DAMA CON FILÓSOFO

José Miguel Marinas

No es que el poder les derechice,
es que les atonta
(Basilio Martín Patino, *Madrid*, 1986)

Debía escribir aquella crónica filosófica en un par de horas. Era el *timing* con el que el medio en que colaboraba había tasado su tiempo. Precioso tiempo —se dijo el reportero, aunque era consciente de que aplicaba en esta valoración esquemas demasiado premodernos. Sabía que, después de Vattimo, el tiempo había quedado rabiosamente redefinido: ya no hay temporalidad, sólo momentos. El apremiante encargo rezaba así: ¿qué podemos decir de la responsabilidad política de los intelectuales?

—¿Cuándo? —intentó precisar el hermeneuta de la mesa de al lado, para no pillarse los esquemas y, de paso, los dedos.

—¿Cuándo va a ser?: ¡ahora mismo! —bramó el jefe de opinión, alarmado ante el escaso sentido de la oportunidad del redactor y decididamente abatido ante la cara de complicidad del reportero— Ya sé, ya sé... Ya sé que ustedes son de formación historicista y que, a propósito de cualquier suceso, son capaces de remontarse a los fenicios, cuando no de columpiarse en periodificaciones bizantinas a lo Toynbee o a lo Enciclopedia Álvarez. Pero no tenemos —y aquí se dirigió expeditivo al reportero—, es decir, no tiene usted tiempo. Busque el esquema histórico que mejor le cuadre, hágame el favor de no aburrirle al lec-

La Balsa de la Medusa, 36, 1995.

tor contándoselo con bibliografía comparada y, sobre todo, detalle, refleje, espejee el presente... La gente quiere imágenes, quiere color, sabor, olor, etcétera.

—Una sola precisión —se atrevió el reportero quien, según costumbre, aprovechaba la brecha abierta por el hermeneuta para aplazar las tareas— cuando dice ahora mismo, ¿se está refiriendo a esta tarde o a esta mañana, antes del último sondeo de *Sofriemasas* sobre las reelecciones?

Sostuvo impasible la apostilla, no dispuesto a dejarse ganar la partida destructiva por colega alguno, por mucho mastercito que éstos poseyeran, ya en hermenéutica ya en post-posmodernidad, con o sin ayuda del Pentium.

—¡Cuando digo ahora mismo digo a-ho-ra-mis-mo! —estalló el gran animador del texto filosófico de alta, media y baja divulgación—. ¿No ve que la competencia está a la que salta? ¿O quiere que Sabuésez le pise otra vez la primicia, como cuando consiguió aquellas notas del último Hamelger, en las que pergeñó su esperadísima refutación de las tesis de Melgerhar? ¿O no recuerda mejor que yo que fueron redactadas mientras aguardaba la vuelta tras el almuerzo en la cervecería de Mönchengladbach? ¿O no sabe, también mejor que yo, que Sabuésez en vez de perder el tiempo con disquisiciones teóricas estaba allí y se alzó con el manuscrito?...

El reportero filosófico, antes analista del lenguaje ordinario, tragó saliva. Recordaba demasiado bien que Sabuésez, desde que había tirado por la borda el existencialismo scheleriano en sus vertientes mesetarias y curriculares, se había especializado en el travestismo de gran calado. El caso de las notas de Hamelger lo probaba con creces. Había sido capaz de disfrazarse de teólogo de Uppsala para acercarse a la mesa del viejo cazador de entes y sugerirle tomar un cafelito, aprovechando el momento en que el Único, el Gran-Debelador-De-Conceptos-Para-Todo-Occidente —incluidas las Guyanas y Mar del Plata— trataba de disimular un rictus entre gasecillo y bostezo. Sabuésez había sido el más veloz. Arrebató de las manos del ancestro la nótula que, en su anverso, cantaba con detalle la regocijante colación ingerida por el Primer-Filósofo-Muerto-Que-Habla. Y lo había hecho limpiamente, aun antes de que cierto enviado japonés que, como Sabuésez, merodeaba la presa le hiciera la célebre pregunta que dejó al viejo —el reportero lo sabía de memoria— de camino a la palabra.

Sabuésez —y en esto era modélico, como lo era también en la cantidad de años que vivió de las glosas de aquella nota arrebatada— distinguió rápidamente entre lo mismo y lo otro. Hizo *epojé*, es decir, pasó ampliamente de las verduras y su precio, de los codillos con guarnición y su coste, sorteó con habilidad

José Miguel Marinas, de la Universidad Complutense, y actualmente en el C.S.I.C. Ha trabajado sobre sociología de la cultura.

las dobles raciones de queso fundido, salchichas y patatas con su cantidad al lado, para centrarse en la-Cosa-En-Sí. Con una mirada que le hacía temible entre sus vecinos y cuando se miraba al espejo, volvió el papel y se enfrentó con el Pensamiento-del-Reverso. Dudaba si decir del Revés, pero en ese trance ladino no estaba su competencia lingüística para gollerías. Era cuestión de leer, aprehender y –si no podía dar el cambiazo– memorizar. Y así lo hizo. Le entregó al Revisitado un prospecto de un *topless* cercano y musitando gracias-gracias en el Idioma-del-Ser salió, no sin antes adoptar el procedimiento metódico del pies para qué os quiero.

El reportero, al tiempo que guardaba en la cartera las lógicas modales y los intertextos necesarios para cumplir su misión, iba rememorando el contenido de la nota otrora publicada en facsímil. Venía a decir lo siguiente:

–Imaginemos que un filósofo es invitado a una fiesta mundana. Imaginemos que la fiesta incluye la promoción de un nuevo *styling* de cierto producto para consumo de élites. Imaginemos que el filósofo es europeo –no necesariamente de esos lugares del sur en los que se cocina con ajo y la gente se engua-pece con gomina y pachulí, sino, potestativamente, de un lugar más nórdico, más entre Aranda de Duero y Göteborg– y que dicho filósofo se ve dispuesto, en la aparentemente flexible, pero codificadísima pauta del protocolo, junto a una dama. Pero la dama..., ¡ah la dama! (y aquí el manuscrito seguía –el reportero dio un respingo y atribuyó a su neurosis obsesiva el recordarlo con tanto detalle– con una letra menos asendereada que la de las primeras premisas, e incluso había una marca que ofrecía pocas dudas: era la huella de la base de una copa de cristal de bohemia teñida en aguardiente de grosellas) la dama es, imaginemos, una gran dama, en la sazón de la alta madurez, connotada por su gravedad postural, abundosa sin desopilancia alguna, sobria en su atuendo y tocada con poca joya, pero buena. Imaginemos, o mejor, recreémonos con intelecto y sentidos, en su sonrisa: es una risa que la plebe sencilla agasaja como cosa propia, sabiéndola empero, a su poseedora, habitante distante de los chalés de la Costa de las Costas. Imaginemos, en consecuencia, que sus dientes blanquísimos aparecen entre labios perfilados en los que el *rouge* no adopta el bermellón treintañero que, a fin de cuentas, sería exceso de convocatoria, sino que se adormece y se adensa para dar paso a un burdeos matizado. Imaginemos, coligiendo congruentemente, que esta composición del rostro equilibra el decidido ensalmo del traje negro con echarpe blanquísimo *chiffonné en cru*. Imaginemos sin esfuerzo que sus zapatos de piel negra-sombra van ribeteados en oro, congeniando con suave discreción con el objeto promocionado en el acto cultural: ¿no es este un utensilio suntuario que, lejos de perder su practicidad ignitoria, enaltece cualquier escritorio? Imaginemos, con agrado, que el oro de los pies y del objeto se ve replicado por el oro del peinado de la dama. Es un peinado –¡cómo imaginarlo de otro modo!– formado por un jopo intemporal, oro que no es desdoro de la plata de su cabello natural. Imaginemos –mientras el moroso camarero trae la vuelta, que si espera propina va listo– que el filósofo lleva para la ocasión un *smoking* ni corto ni largo (perspectiva

analítica), ni ajustado ni holgado (perspectiva existencial) y contempla el fenómeno global ojo avizor. Pues bien, esta es la cuestión en la que creo con fundamento gozo que puedo demoler de una vez por todas a Melgerhar y a toda su tozuda ralea filosófica. Esta es la cuestión teórico-práctica que ni él ni toda su escuela, por mucho que mareen la perdiz sobre la meta-racionalidad dialógica de la metapolítica, jamás en su vida ni en más vidas que tuvieran para filosofar sobre lo público, jamás, asevero, sabrán resolver:

—¿Qué brazo debe ofrecerle el filósofo a la dama: el izquierdo o el derecho?